

que, en la batalla de Bouvines, el obispo de Beauvais, por excusarse esta irregularidad, aplastaba con su maza de hierro la cabeza de los vencidos. Así porfiaban Papa y Emperador, sin curarse de las leyes de la humanidad y sin advertir los tremendos castigos que á uno y otro reservaba la justicia del cielo y la lógica de los acontecimientos.

Descomponíanse desde mediados de la décimatercia centuria la antigua institucion que representaban los Papas y la antigua institucion que representaban los Emperadores. En dos moldes viejos, en el Imperio de los Césares antiguos y en el Pontificado de los sumos sacerdotes, obra aquel de la política práctica de César y obra este de la inspiracion religiosa de Numa, puso la idea cristiana dos almas, que debian vivir de un mismo soplo y exhalar un mismo aliento. Sí, emperadores y pontífices se completaban mutuamente. El Papa no podia regir la conciencia del Universo sin que el Emperador le sometiese la voluntad; ni el Emperador la voluntad sin que el Papa le sometiese la conciencia. Y el Emperador no podia encontrarse entre los ostrogodos arrianos, ni entre los griegos harto pagados de su antigua supremacía y de los timbres de su historia; se encontró pues entre los francos, los mas católicos de los germanos, los que habian producido á Clodoveo el converso, á Cárlos Martel el batallador, á Pipino el eclesiástico. Ningun obstáculo pudo detener esta inteligencia entre la Iglesia romana y la tribu franca. Necesitóse legitimar una usurpacion y se encontró el Papa Zacarías que la legitimase. Y en la noche de Navidad del año 800, al tomar Carlo-Magno la ciclópea corona y ceñírsela bajo la techumbre del primer templo de la cristiandad, entre el repique de las campanas y el cántico de los sacerdotes, bien podia decirse que estaban, no solo echadas las bases, concluidas las cúpulas del inmenso y majestuoso edificio de la Edad media. Nacieron juntos el Pontificado y el Imperio; y juntos debian vivir en la historia. Pero la vasta concepcion de Carlo-Magno se desvaneció como un sueño; la dinastía de los carlovingios cayó en el polvo al embate del feudalismo y consumida por su propia incurable impotencia; la Alemania y la Francia se separaron y dividieron con separacion irremediable despues de bautizada y casi civilizada aquella por esta; dos ó tres fantasmas carlovingios pasaron tras el destronamiento de Cárlos el Craso y la division del Imperio por una especie de fantástico trono imperial, de pié aun allá en

tierra germánica, hasta que la dinastía de Sajonia supera y vence á todas las dinastías por su inteligencia y por su fuerza, toma el dominio eminente sobre la parte mas considerable de aquellos reñecillos feudales por su fortuna, y atrae á sí la corona imperial que los Papas guardaban para los mas poderosos y los mas fuertes. Y no podia menos: Enrique I detuvo á los paganos del Norte en Merseburgo como Cárlos Martel detuviera á los paganos del Sur en Francia; peregrinó á pié desde Alemania á Roma como el último de los católicos; llevó á sus combates el pabellon donde iba el Arcángel San Miguel en relieve de oro con las grandes alas desplegadas en la espalda y el sable flameante en las manos, propia imágen de la autoridad imperial á los piés de la autoridad pontificia. Estas dos instituciones habian surgido en los planes providenciales para vivir unidas como en sus comienzos; y desde que se apartaron y se desunieron, sobrevino inmediatamente su mutua y definitiva decadencia.

La division irremediable del Imperio y el Pontificado se conoce en la historia con el nombre de dos partidos enemigos: los güelfos y los gibelinos. Nacen por el año 1250, en edad relativamente moderna, y nadie sabe ni el instante preciso de su origen ni la etimología exacta de su nombre. Acababa de morir aquel Federico II, cuya historia tiene todos los caracteres de una epopeya trágica. Le dió el cielo para su ventura las dos porciones mas considerables, en aquella sazón, de la tierra; el Imperio de Alemania y el Mediodía de Italia; y estos dos presentes celestes causaron su desgracia. Enrique VI, su padre, no se sació de matar ni de adulterar la Emperatriz Constanza, su madre. El despotismo ejercido por aquel sobre su Sicilia y sobre su esposa fué tanto, que enfurecida esta como una Judith, le mató por su propia mano para redimirse á sí misma y redimir á su patria. El hijo de tales odios pasó por el mundo como una encendida pasión. La madre trágica y la tierra volcánica que le dieran el sér, grabáronle marca indeleble en su tormentosa frente. Encrucijada en el camino de todos los pueblos; campo de batalla en el combate de todas las ideas; depósito de la antigua ciencia griega y de la moderna ciencia árabe; sublime poema cíclico en que resuellan á modo de fraguas los pulmones de los Titanes; tierno idilio en que cantan los pastores de Teocrito; puerto necesario á las naves de Grecia, de Egipto, de Provenza, de Cataluña, de Andalucía, de las regiones donde brillaban mas en los siglos medios las

ideas; con valles tranquilos é inocentes como paraísos al pié de montañas encendidas y fulgurantes como infiernos; con ruinas llenas de cicuta y poblaciones llenas de vida; Sicilia debia poner todos sus contrastes, todas sus contradicciones, toda su inspiracion y todo su hervor, en el alma inmensa de aquel su hijo, medio místico y medio racionalista, poeta y político á un mismo tiempo, mahometano y católico, mago y calculador, alma inmensa cuyo resplandor, por ciertos reflejos suavísimo, por otros siniestro, se asemeja en todo al resplandor de un cometa en los relampagueantes hemisferios de la Edad media. ¿A quién le ha sucedido jamás lo que á él? Toma la cruz y se le apartan los cruzados, como si llevara tras sí la peste negra. Llega á Siria con una temeridad sin ejemplo y le abandona el ejército cristiano con una ingratitud sin justificacion. Entra en el Santo Sepulcro, ganado por su inteligencia á la fatalidad, y le espera el entredicho, como si en vez de católico fuera musulman. Y esta maldicion persigue á su familia. Conrado, su primogénito, vencedor de los invencibles tártaros, perseguido por los verdugos del Papa, tuvo que huir del convento de San Emeran, donde hubiera muerto asesinado, de no ocupar su lecho uno de sus amigos, que se dejó matar con seis caballeros mas de la imperial comitiva por proteger la salvadora fuga de su príncipe. Envio el predilecto de sus bastardos, cayó prisionero de los pontificales en Bolonia, y en vano ofreció su padre un círculo de plata maciza de la misma extension que los muros de la ciudad por el deseado rescate. Cuando enfermó de muerte, confió los últimos dias de su vida á Pedro de las Viñas, á quien habia dado su privanza y casi entregado su Imperio; y Pedro de las Viñas, vencido por las maquinaciones papales, preparóle emponzoñado brebaje. Advertido misteriosamente el Emperador, probó la sustancia en reo de muerte que feneció al instante. El ministro perdió la libertad y la vista en castigo, y se rompió de desesperacion el cráneo contra los muros de su calabozo; pero el Emperador no quiso vivir en este mundo capaz de engendrar amigos como su ministro. Y murió al año siguiente, 1250. Pero la maldicion persiguió á toda su familia, y el postrer vástago de su dinastía, el príncipe último de la ilustre casa de Suabia, el heredero de tantas glorias y grandezas, su nieto Conradino, subió al patíbulo en Nápoles y echó su ensangrentado guantelete de desafío al aire para que la providencia ó el acaso se encargaran de su venganza.

za. ¿Diriais que esto es una historia ó una horrible tragedia? Pues en toda ella, desde el principio al fin, vereis figurar como único protagonista el odio de los Pontífices.

La reunion de Sicilia, el feudo que estimaba suyo Roma, al Imperio, desavino irreconciliablemente al Papa con el Emperador; y esta desavenencia trajo consigo la debilidad y la ruina del Pontificado y del Imperio. Los güelfos y los gibelinos la representan exactamente en cada nacion, en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, en cada campo, como una peste moral extendida por Europa, cuyos estragos ha grabado de relieve en nuestras memorias con su buril enrojecido en fuego infernal, la mano titánica del Dante. ¿De dónde provenian los güelfos y los gibelinos? ¿Cuál de los demonios, y en cuál de las brujas, los habia engendrado? El Papa Gregorio X decia á los magistrados de Florencia: «Los que dicen güelfo y gibelino ¡ah! no saben lo que dicen.» Ferrari trascribe en su admirable historia de *Las Revoluciones de Italia* los diversos orígenes dados por las poesías y las crónicas á estos dos partidos. ¡Parece imposible que la imaginacion invente tanto y que crea tanto la credulidad! El cronista Stella interroga con furor á los tiempos pasados para que le digan el dia nefasto en que cayeron sobre Italia estas dos terribles plagas. ¿Quién le responderá á ciencia cierta? El gran Mateo Villani se contentará con puros juegos de palabra; el biógrafo de Rienzi dirá muy gravemente que dos perros llamados el uno güelfo y gibelino el otro, ladrándose y mordiéndose en las calles de Florencia, dieron nombre á los dos partidos; Malaspina contará que, no dos perros, dos hadas, aparecidas en siniestra noche de sábado, á una de las misas infernales dichas por los genios del mal á las doce en punto, sembraron en la tierra los gérmenes de esos furores que asaltan y embriagan y dementan y enfurecen á los pueblos; Azario sostiene, que no dos hadas, sino dos demonios deben reputarse por autores del mal, dos demonios que se apoderaron de dos espadas caidas de las manos del Papa y del Emperador y las esgrimieron á una en sendas porfías con cólera infernal; Juan Villani ve dos gemelos, especie de dioses como aquellos de las teogonías mazdeistas, los cuales soplan de sus inflados carrillos la ira inextinguible sobre los enardecidos corazones; los mas de los cronistas aseguran que estos dos hermanos, en lucha entre sí desde el vientre de su madre, sometie-

ron sus porfías al Papa y al Emperador, y que este dió la razon á Gibelino y aquel á Güelfo, por lo cual desatáronse en el cielo y en el suelo todas estas furiosas y tenaces guerras, que con pretextos y motivos diversos estallaron á una misma hora en todas las ciudades, como en Ferrara por la Machesella y en Florencia por el Buondelmonte, hasta encender toda Italia, y desde Italia, pegar el fuego devastador á toda Europa. Lo cierto es que los güelfos del Duque de Baviera y los gibelinos mismos de Federico II, bien sigan al Emperador los unos y al Papa los otros, no tienen relaciones tan estrechas, como á primera vista parece, con los güelfos y los gibelinos de Italia. Un furor inextinguible asalta á estos; el odio contra los que no llevan su nombre les posee como si fuera el alma de su alma; no de ciudad á ciudad, no de barrio á barrio, no de casa á casa, dentro de las mismas familias se establece una guerra exterminadora y semejante á las catástrofes planetarias. A veces un solo ciudadano ha sido de los dos bandos al par como el primer poeta de la Edad media, que sintió así en su cerebro todas las creencias y en su corazon todas las pasiones de aquellos tempestuosos tiempos. Las ideas se oponen con oposicion implacable en las conciencias, las sectas en las escuelas, los partidos en las ciudades, como si todo lo humano se resolviera en odio y todo odio engendrara por do quier guerras universales y perpetuas, que inspiran las proscripciones de por vida, los combates á muerte, los sacudimientos sociales, la aparicion de guerreros crueles en los castillos y de bandidos en los campos, la tala de las propiedades, la quema de las casas, la anarquía extrema, la separacion de los matrimonios movida por enemistades irreconciliables, el odio de los hijos á los padres y aun de los padres á los hijos, las ligas exterminadoras, las poblaciones nómadas despedidas de sus hogares y hechas tribus ambulantes por la crueldad de los vencedores implacables, el desconocimiento de los Papas lanzados de una ciudad á otra ciudad y errantes, el desacato á los Emperadores que nadie conoce ni obedece, la secularizacion de las ideas religiosas por los unos que les quitan su carácter sagrado y las cuajan en principios políticos, la disminucion de las ideas imperiales por los otros, que hacen del sacro César romano un jefe de partido, en dos palabras, una revolucion, una grande revolucion así en el alma como en la tierra de los pueblos.

El golpe á las dos instituciones fundamentales de la Edad media las hiere casi á un tiempo, como si la una fuera realmente el alma y la otra realmente el cuerpo de aquella sociedad. El siglo décimotercio aparece cual un siglo decisivo en la historia. Y despues de muerto Federico II, el Imperio decae; y despues de muerto Inocencio III, decae el Pontificado. La decadencia de la institucion civil, del Imperio, trae consigo una grande, una trascendental, una irreparable desorganizacion política; y la decadencia de la institucion religiosa, del Pontificado, trae consigo una grande, una profunda, una inevitable crisis moral. ¡Cuán rápidamente caminan estas instituciones fundamentales á su desorganizacion! Se hacen con lentitud secular y se deshacen con celeridad revolucionaria. Su forma externa, su organismo material, su cuerpo, todo lo accidental en ellas quedará por mucho tiempo en la sociedad como queda un fósil incrustado en la tierra. Pero su alma se habrá disipado en los aires y su vida se habrá perdido en las mil incidencias históricas donde se descomponen y se desorganizan las entidades sociales faltas por completo de voluntad y de pensamiento. Al morir Federico II, aquel hombre en quien la Alemania y la Italia se habian juntado, le hereda su primogénito Conrado, ansioso de la parte meridional é italiana de su Imperio, preferida con decidida preferencia á todo por haberse educado y haber crecido en el seno amoroso de la mágica y prestigiosa Sicilia. Casualmente esta isla, tenida en la corte pontificia eternamente por romana, separaba con separacion irreconciliable la dinastía electiva de los Papas y la dinastía monárquica de los Suabias. Inocencio IV se regocija de la muerte de Federico II; se resuelve á excomulgar al heredero Conrado IV; se apresura con grande apresuramiento á declarar emperador de Alemania á Guillermo de Holanda; se empeña en que la gran dinastía, representante del poder imperial en la Edad media, no ha de poner su pié ni en los tronos que tiene en el Norte ni en los tronos que tiene en el Mediodía; y se apercibe á una guerra de exterminio tanto mas terrible cuanto que el grande ministerio ejercido en la Iglesia le oscurece la conciencia natural y le hace tomar por piedad y por justicia la muerte de ilustres príncipes y la trasmision del odio contra ellos á toda la cristiandad y á todas las generaciones cristianas en la inacabable serie de los siglos. Por aquellos dias (1251) empezaban á ejercer toda su influencia las órdenes mendicantes, que conmovian á los pue-